

El camino que lleva hasta Dios.

* * *

Al llegar a Ars quedó totalmente decepcionado.

Además de otros mil inconvenientes y abusos de todas clases, reinaba una resupina indiferencia religiosa, que era lo que más miedo le daba.

—“Aquí no hay nada que hacer —se le oyó decir al ver aquel panorama—, yo mismo corro peligro de perderme”.

Visitaba con frecuencia a sus parroquianos.

Les hablaba de Jesús y María, de sus almas... Les amaba de veras.

Sobre todo pasaba largas horas pegado al Sagrario.

Por las noches, en la sacristía, repasaba los textos de dogma y moral.

Poco a poco les iba quitando los vicios y llenando la iglesia.

Ellos también querían a su cura. Todos le amaban y respetaban como a un santo.

Quitó tabernas, bailes, blasfemias...

Lo que más le costó fue el que no trabajasen en domingo:

—“Cuando trabajáis en domingo —decía a los feligreses—, lo que ganáis es la ruina de vuestra alma y de vuestro cuerpo. Si entonces os preguntasen: ¿Qué acabáis de hacer?, podríais contestar vosotros: Hemos vendido nuestra alma al demonio, he-

mos crucificado a Nuestro Señor Jesucristo, hemos renegado del bautismo. Cuando veo que alguno acarrea en día de fiesta, me digo: Este acarrea su alma al infierno. ¡Oh! ¡Cómo se engaña el que se afana en día del Señor, creyendo que va a ganar más dinero. Os imagináis que todo depende de vuestro trabajo; mas he aquí una enfermedad, un accidente... “¡Basta tan poca cosa...! Una tempestad, un granizo, una helada... Dos medios infalibles conozco para llegar a ser pobre: Trabajar en domingo y tomar los bienes ajenos”.

Su apostolado iba en aumento.

De todas partes de Europa y hasta de América acudían al Santo Cura para oír la palabra de Dios..., para confesar con él sus pecados..., para pedirle alguna gracia.

En 1840, solamente, se pudieron contar más de 20.000.

Todos encontraban en él alivio.

Las más ruidosas conversiones eran el pan nuestro de cada día.

Sobre todo amaba a los pecadores.

—“¡Ah los pecadores, los pecadores... es mi porción escogida!”, se le oía exclamar con lágrimas en los ojos.

“Si el grano no muere en el surco no produce fruto”.

Esto lo sabía muy bien Vianney.

Por ello no le faltaron cruces, y no ligeras: calumnias, persecuciones... y, sobre todo, luchas inte-

riores y ataques diabólicos. Más tarde, recordando esta época, decía:

—“Muchas eran entonces mis cruces, tantas que apenas las podía soportar. Pedí al Señor que me diese la gracia de amarlas y de repente me sentí dichoso. Verdaderamente sólo allí existe la felicidad”.

A los calumniadores les escribía con cariño e inaudita humildad:

—“¡Ah! Sólo vosotros me habéis conocido. No sé cómo agradeceros esa bondad con que os dignáis interesaros por mi pobre alma”.

El apostolado sin esta cruz, sin ser víctima, sin morir a sí mismo, no debe llamarse apostolado ni producirá fecundos frutos.

A un hermano en el sacerdocio que le pedía consejo, le decía:

—“Has trabajado, has rezado, has llorado...; no es bastante. ¿Has ayunado, has velado, te has acostado sobre la tierra, has azotado tu cuerpo? Si no has llegado hasta aquí, te falta mucho todavía”.

La vida mortificada y el celo ardoroso de Vianney no podían ser del agrado de Satanás. Por ello, con frecuencia, le rompía utensilios y vapuleaba su cuerpo, apostrofándole:

—“¡Vianney! ¡Vianney! ¡Ven aquí! ¡Comedor de trufas...! ¡Ah mucho me haces sufrir! ¡Si hubiese tres hombres como tú en la tierra, mi reino sería destruido...!”

Ya conocemos el pueblo tan abandonado de las prácticas religiosas que encontró nuestro novel sacerdote. Pero él no se desalentó. Eran almas que había que salvar.

Se empleó a fondo en una labor de moralización del pueblo: la guerra a las tabernas, la lucha contra el trabajo de los domingos, la sostenida actividad para conseguir desterrar la ignorancia religiosa y, sobre todo, su dramática oposición al baile, le ocasionaron sinsabores y disgustos.

Pero su virtud consiguió triunfar, y años después podía decirse con toda verdad que "Ars ya no es Ars".

El origen de las famosas peregrinaciones a Ars es muy interesante: Nuestro Santo solía ayudar, con fraternal caridad, a sus compañeros en las misiones parroquiales que se organizaban en los pueblos de los alrededores. En todos ellos dejaba el Santo un gran renombre por su oración, su penitencia y su ejemplaridad. Era lógico que aquellos buenos campesinos recurrieran luego a él, al presentarse dificultades, o simplemente para confesarse y volver a recibir los buenos consejos que de sus labios habían escuchado. Así nació la célebre peregrinación a Ars.

Lo que al principio sólo era un fenómeno local, circunscrito casi a las diócesis de Lyon y Belley, luego fue tomando un vuelo cada vez mayor, de tal

manera que llegó a hacerse célebre el cura de Ars en toda Francia y aún en Europa entera.

De todas partes empezaron a afluir peregrinos: Se editaron libros para servir de guía.

Aquel pobre sacerdote, que trabajosamente había hecho sus estudios, y a quien la autoridad diocesana había relegado en uno de los peores pueblos de la diócesis, iba a convertirse en consejero buscadísimo por millares y millares de almas. Y entre ellas se contaban gentes de toda condición, desde prelados insignes e intelectuales famosos, hasta humildísimos enfermos y pobres gentes atribuladas que irían a buscar en él algún consuelo.

En 1845 llegaban diariamente a Ars de trescientos a cuatrocientos peregrinos. En la estación más importante de Lyon, quedó abierta permanentemente una taquilla especial en la que se despachaban billetes de ida y vuelta para Ars, valederos por ocho días: éste era el tiempo que necesitaban para conseguir la absolución o consejo del santo, dado el gran número de los que iban.

A pie, en coche, en carros, por tierra o por vía marítima llegaban obispos, sacerdotes, religiosos, nobles, sabios, pueblos.

Unos ciento veinte mil peregrinos fueron a Ars en el último año de la vida del Reverendo Vianney.

¿Y dónde se hospedaba tanta gente?

Se alojaba cada uno como podía.

Pese a tanta muchedumbre, todo era orden, y comportamiento religioso, como si Ars entero fuera un templo.

Muchos, mientras aguardaban en las filas de los caminos, se entretenían en contemplar los retratos del Cura santo. Estos retratos, de todos los tamaños, estaban extendidos por todas las partes del pueblo.

Aguardando, pues, la vez hasta dos y tres días, el Cura confesaba durante dieciséis y más horas diarias.

Una buena criada esperó turno dos días, con el cesto de la compra.

A eso de las nueve de la mañana reservaba el Cura algún tiempo para los sacerdotes y religioso. Se vió a cierto obispo guardar su vez como los demás.

Cuando se trataba de sus feligreses, de enfermos, de personas delicadas o de otras que no podían esperar, les permitía pasar delante de los demás.

Dios le había concedido el don de leer en las conciencias.

Un viejo fue a Ars con unos jóvenes “por complacerles”, y entró en la iglesia. El santo, que acaba de salir, mira hacia él y le llama.

—“¿Hace mucho que no se confiesa?

—“Señor Cura, hace unos treinta años.

—¿Treinta años, amigo...? Hace treinta y tres.
—Es verdad, señor Cura.
—Pues a confesarse ahora...”
A los veinte minutos, el viejo se sentía otro.

* * *

El Santo Cura llamaba “el pecado de Ars” a las malas costumbres que atenazaban a aquellas almas y que los empujaban a la condenación.

Por ello —por ellos mejor dicho— el santo cura oraba y se moritificaba continuamente.

El dialogaba con el Señor con gran familiaridad como se hace con el mejor amigo.

Solía decir: “Se tiene fe cuando se habla a Dios como se hablaría a un amigo”.

Juan María pasaba horas y horas ante el Sagrario hablando con Jesús, y pidiendo por sus feligreses y por todo el mundo.

Le rogaba por las almas pecadoras, por las que no podía menos de interceder y a las que no podía dejar de amar.

—¡“Dios mío, Dios mío! —repetía—. Concédeme la conversión de mi feligresía. ¡Por ello, estoy dispuesto a padecer cuanto queráis en el resto de mi vida...! Sí, durante cien años aceptaría los dolores más penetrantes, con tal que se convirtieran”.

* * *

El Papa Juan XXIII al conmemorar el Primer Centenario de la muerte del Santo Cura de Ars escribió:

“En la vida del Cura de Ars se verifica una vez más la gran ley de todo apostolado, fundada sobre la palabra misma de Jesús: “Sin Mí, nada podéis hacer”.

Sin duda, no se trata aquí de repetir la admirable historia de este humilde cura de pueblo, cuyo confesionario fue, durante treinta años, asediado por multitudes tan numerosas, que algunos espíritus fuertes de la época osaron acusarlo de “turba el siglo XIX”; ni de tratar con oportunidad de sus métodos de apostolado, que no son inmediatamente aplicables al apostolado contemporáneo.

Nos basta recordar sobre este punto que el Santo Cura fue en su tiempo un modelo de celo pastoral en aquel pueblo de Francia donde la fe y las costumbres se resentían todavía del impacto de la revolución.

“No hay mucho amor de Dios en esta parroquia; fomentarlo vos”, se le había dicho al enviarlo.

Apóstol infatigable, lleno de iniciativas para ganar la juventud y santificar los hogares, atento a las necesidades humanas de sus ovejas, próximo a sus vidas, cuidado del establecimiento de escuelas y de las misiones parroquiales, él fue, en verdad, para su pequeño rebaño, el buen pastor que conoce sus

ovejas, las guardaba del peligro y las conduce con autoridad y sabiduría. Sin darse cuenta, se alaba, a sí mismo, con este apóstrofe, tomado de uno de sus sermones:

—“Un buen pastor, un pastor según el corazón de Cristo: he aquí el mayor tesoro que el buen Dios puede conceder a una parroquia”.

El ejemplo del Cura de Ars conserva, en verdad, un valor permanente y universal.

10.— ¡MARIA SIEMPRE!

Así titulamos hace poco tiempo un bonito librito que pronto se agotó la primera edición.

Bien podemos afirmar que “María siempre acompañó a Juan María”.

La vida de nuestro Santo Cura fue siempre guiada y sostenida por esta buena Madre.

Nos vamos a limitar a recordar unas pinceladas de las diversas etapas de su vida.

* * *

Su juego predilecto:

Ya le hemos visto con su imagencita en la mano... Desde muy niño recibió una educación esmerada. A una con la leche materna aprendió a amar a María.

Un día su Vicario le preguntó:

—“¿Cuánto tiempo hace que ama usted a María?

—“La he amado antes de conocerla. Es mi amor

más antiguo. Cuando todavía muy niño tenía un rosario que mi hermana quería para sí y se lo di sólo después de muchas lágrimas y el consejo de mi madre”.

Años más tarde recordaba con alegría que la autora de sus días lo consagró en el mes de mayo, al venir al mundo, a María Santísima:

—“Delante de una imagen de María, con mis manos juntas y dentro de las de mi madre, rezaba a la Santísima Virgen cuando apenas sabía balbucir palabra. Al sonar el Angelus, instintivamente, sin que nadie me lo dijese, juntaba las manos y recitaba el Ave-María”.

Cuando somos niños nos gustan los caballitos, los soldados de hierro, las pelotas... Al hacernos mayores sonreímos de aquellas ingenuidades infantiles.

Al pequeño Juan Bautista no le gustaron ni los soldados, ni los caballitos... Era otro objeto quien le robaba el corazón durante el día, y quien le hacía soñar durante la noche: Una pequeña y devota imagen de María que siempre llevaba estrechamente apretada entre los dedos.

No sabía deshacerse de María.

La amaba más que a sí mismo.

Ni para dormir permitía le quitasen aquel precioso tesoro.

¿Qué ateo no hubiese dejado de serlo al contemplar aquel cuerpecito de ángel apretando fuertemente en su mano derecha la diminuta estatua de María, y con ambas manos cruzadas sobre el pecho, como

estrechándolo fuertemente sobre él, el Santo Escapulario del Carmen?

¿No era un cuadro digno de haber sido plasmado en el lienzo por Giotto, Filippo Lippi, Murillo, Miguel Angel o Velázquez?

Cuando su madre quería saber dónde estaba su hijo, no necesitaba dar muchas vueltas para encontrarle: Bastaba subir al desván o entrar a su cuarto y allí estaba en éxtasis ante aquella imagencita idolatrada.

Sesenta años más tarde recordará con satisfacción este precioso tiempo y dirá:

—“ ¡Cuánto amaba a mi imagencita! No podía separarme de ella ni de día ni de noche... La santísima Virgen recibió mi amor primero... Sin Ella no hubiera podido dormirme. La he amado antes aún de conocerla...”

* * *

Entre ovejas y azadones:

Juan desde muy niño fue encargado para la custodia de algunas ovejillas. Tenía diez años.

Siempre en su morral quedaba un huequecito para la imagen de María.

Le gustaba frecuentar lugares hermosos por el verdor y las flores. Un valle, de mil variedades policromado, solía ser su lugar predilecto.

Mientras las ovejuelas pacían, colocaba su ima-

gen en la rama de un sauce; y allí, de rodillas, rezaba el santo Rosario...

Le cantaba la Salve y algunos cánticos populares... Le hablaba con confianza, con fe, con amor filial...

Si aquellos troncos, aún hoy, pudieran descubrir los secretos que saben, quizá nos contarían que a veces, María, no podía contenerse, le sonreía y le hablaba palabras dulces. Es demasiado tierno y amoroso el corazón de nuestra Madre Amable para no conmoverse ante tanto amor y sencillez de un niño angelical.

Otras veces levantaba un altarcito de piedra. Colocaba la imagen. La coronaba de flores, y le ponía un pedestal también de flores. Cuando todo estaba arreglado llamaba a los demás pastorcitos para que le acompañaran en sus plegarias y cánticos a María.

Aquí disfrutaba el pequeño Juan, hablándoles de María y emocionándolos a amarla más y más.

Recordando estos tiempos, decía muchos años más tarde:

—“Qué feliz era yo entonces, cuando sólo tenía que apacentar mi asno y mis tres ovejas... Entonces yo podía rezar cuanto quería”.

A los trece años, cuando ya podía ayudar en el campo a su padre y a su hermano, tuvo que abandonar el cayado de pastor por el azadón y la pala.

Su hermanos Francisco —mayor que él— habituado ya al rudo trabajo del campo, adelantaba más que Juan Bautista.

Juan no estaba conforme. Quería trabajar para casa tanto como su hermano.

¿Qué hacer?

Su amor a María le llevó a una estratagema. Oigamos a su misma hermana Margarita que nos cuenta esta aventura religiosa:

“Una religiosa arrojada de su convento por la Revolución y retirada al lado de su familia, había regalado a Juan María, por quien sentía afecto a causa de su piedad, una de estas imágenes de la Virgen contenidas en un estuche cilíndrico que se abre y cierra a voluntad. Este regalo vino muy oportunamente, y mi hermano creyó haber hallado en la santa imagen una ayuda que le permitiría ponerse al mismo nivel de Francisco. La primera vez, pues, que se le envió juntos a la viña, cuidó, antes de comenzar su trabajo, de colocar a algunos pasos de él su pequeña imagen, y, al avanzar hacia ella, de invocar a la Virgen para que le ayudara a alcanzar a su hermano mayor. Llegado a la imagen, la recogía lentamente, la colocaba de nuevo ante él, tomaba de nuevo su azada, rezaba, avanzaba, rivalizaba con Francisco, que se pasmaba de no poderle aventajar, y que, al regresar por la noche, confesó, no sin algún despecho, que la Santísima Virgen había sin duda ayudado a su hermano, quien había hecho tanta labor como él”.

—“Cuando estaba en el campo —confiesa él mismo— yo rezaba en alta voz si estaba solo, en voz baja si tenía compañía. Al dejar caer la herramien-

ta, solía decir: “No te olvides que importa más cultivar el alma y arrancar sus malas hierbas”. Cuando después de comer, los demás descansaban, yo aparentaba dormir, pero seguía conversando con Dios en mi corazón. Cuando oía el reloj, rezaba un Ave María y me decía a mí mismo: “¡Valor!, alma mía; el tiempo pasa, pero la eternidad se acerca; vivamos como condenados a morir”.

* * *

Por la Madre... ministro del Hijo:

A las buenas gentes de Dardilly les extrañaba cómo el hijo de Pedro Vianney no “se hacía cura”.

Pensar en esto en aquellos días que la revolución destruía iglesias y conducía a la guillotina a los Ministros del Señor, era una locura.

Juan —no sin tristeza— veía se le escapaba el tiempo más precioso para dedicarse al estudio.

Por obra del Concordato napoleónico vino la paz a la Iglesia y con ella los deseos irresistibles de Juan Bautista de ser sacerdote.

Tenía 27 años.

Apenas había estudiado ni de niño ni de joven.

Pero el Señor llama a quien quiere y a la hora que quiere: a Tercia, a Sexta y a Vísperas.

A Juan lo llamó a la hora de Nona.

No hizo el sordo. Siempre consideró la vocación al sacerdocio como la gracia más grande que el Se-

ñor había obrado sobre él y sobre su familia.

¡Ah si meditaran con frecuencia esto muchos padres y madres de hoy...!

Sin duda alguna, fue María quien alcanzó de su Divino Hijo la vocación sacerdotal para su hijo predilecto, Juan Bautista.

Los estudios le costaban demasiado.

Más de veinte veces estuvo tentado de abandonar el Seminario por su culpa.

Probados todos los medios humanos y su nulo rendimiento, quiso probar la oración.

Con ella venció.

Había llegado el tiempo de su ordenación.

Los Superiores estaban indecisos sobre su capacidad para poder desempeñar desahogadamente el ministerio sacerdotal.

Por otra parte, creían que, por su gran prudencia y mucha virtud, podría hacer mucho bien a las almas.

¿Qué hacer?

Llevaron el asunto al Señor Obispo de Lyon.

Este se hallaba ausente. En su lugar les recibió el Vicario General, que les interrogó:

—“¿Pero, el abate Vianney tiene piedad? ¿Tiene devoción a la Santísima Virgen? ¿Sabe rezar el Santo Rosario?”...

—“¡Ah!, eso sí —contestó el Sr. Rector—; es modelo de piedad y un enamorado de la Santísima Virgen”.

—“Entonces que se ordene. La gracia del Señor

suplirá lo que falta”.

Estas fueron las palabras proféticas de aquel pío Vicario General.

* * *

“Si pudiera... me vendería”:

Se hallaba predicando.

En sus palabras de estilo sencillo y hasta algo rudas, salía a borbotones aquel fuego enamorado que ardía en su apostólico corazón.

Hablaba de María.

Su rostro brillaba de emoción.

Como en cinta cinematográfica fue pasando ante sus amados feligreses de Ars los innumerables motivos que tenía para amar locamente a María.

En un momento emocionante pronunció estas hermosas palabras, fruto de un corazón enamorado:

—“Si por dar algo a la Santísima Virgen, pudiera venderme, me vendería”.

Se halla sintetizado en esta frase todo lo que el Santo Cura de Ars hizo por la Santísima Virgen y todo lo que María hizo por el Cura de Ars.

A sus feligreses y a los innumerables peregrinos que acudían a Ars les hablaba emocionado de esta buena Madre a la que exhortaba a amar con todas sus fuerzas.

Cuando hablaba de la Madre se emocionaba y enardecía. Así depuso en el Proceso de canonización

Juan Tete, agricultor de Ars:

—“Su rostro se iluminaba con una sonrisa de felicidad. De lo alto del púlpito se volvía hacia la imagen con la alegría de un niño que habla a su madre amada”.

Y el canónigo Gardette añadía:

—“Hablaba con un entusiasmo emocionante de la santidad de María, de su poder y de su amor”.

Enorme fue su alegría cuando el 8-12-1854 el Papa Pío IX declaró el dogma de la Inmaculada. Alguien escribió de aquel día:

“Por la noche hubo en el pueblo iluminación general. El señor Cura, antes de salir de la Iglesia, quiso con sus propias manos voltear la campana mayor. Fue, “una inmensa manifestación de júbilo”. El santo se paseó por las calles rodeado de los sacerdotes presentes y de los hermanos de la Sagrada Familia. ¡Nunca hijo alguno se mostró tan gozoso de ver honrar a su Madre!”

* * *

Luchador contra el baile:

Lo fue de veras el Santo Cura. Esto y el trabajo en el domingo fueron siempre su caballo de batalla. Nunca se cansaba de descubrir los estragos que hacía en las almas de los jóvenes.

“Los hijos de las tinieblas son más astutos que los hijos de la luz”, dijo Jesús. Y no se equivocó.

El común enemigo de nuestras almas no escatima medios para hacernos caer después de habernos enmarañado en sus redes.

El baile es una de sus posesiones preferidas.

Aquí, sin mucho trabajo, saca buen partido.

Sabía muy bien todo esto el celoso párroco de Ars.

Era esta una de las costumbres más hondamente arraigadas entre sus amados feligreses.

A veces les decía:

—“Mirad, hermanos, las personas que entran en el baile, dejan su ángel custodio a la puerta y toman en su lugar a un demonio; de suerte que no tarda en poblarse la sala de demonios, tantos como bailadores... He visto a un anciano que iba al baile con anteojos y bastón. ¡Qué pena! Otro iba a bailar con un niño en brazos y otro de la mano. Y yo me decía: “Los llevan al infierno”.

Multitudes de almas de toda clase, edad o condición acudían al confesionario del Santo Párroco de Ars.

Confesaba hasta dieciocho y veinte horas seguidas.

Un día se arrodilló en su confesionario una joven elegante, muy amiga de pasatiempos y diversiones del mundo.

Con todo, profesaba una tierna devoción a la Santísima Virgen y vestía con confianza el Santo Escapulario del Carmen.

En otras palabras: tenía dos velas encendidas,

una a Jesús y otra al diablo.

El baile le atraía con fuerza avasalladora.

Cierto día, estando en un salón de baile, con gran admiración de todos, apareció un joven desconocido que llamó la atención por su extraordinaria elegancia.

Comenzó a baile e iba invitando a las jóvenes, que todas aceptaban, considerándolo como un gran honor.

La única que no tuvo el placer de ser invitada fue nuestra joven. Su amor propio no pudo menos de molestarse y una gran pesadumbre, como denso velo, cubrió su corazón.

Concluído el baile, al salir el galán desconocido, vió nuestra joven, bajo sus pies, unas llamas azules que ella atribuyó a ilusión de los sentidos...

Pasaron algunos años. Tuvo vocación de ser religiosa y quiso hacer confesión general con el venerable párroco de Ars.

Cuando menos lo esperaba la joven, y en el acto de la confesión, le pregunta el Santo:

—“¿No te acuerdas, hija mía, de aquel baile al que concurriste tú y un joven desconocido invitó a bailar a todas las jóvenes menos a ti?”

—“Es verdad, Padre”.

—“¿Y sabes quién era aquel joven y por qué no se atrevió a acercarse a ti?”

—“Lo ignoro”.

—“Pues te lo voy a decir. Aquel joven era el demonio. Todas las que con él bailaron están en peli-

gro grave de condenarse, y no se atrevió a acercarse a ti ni te invitó a que bailases con él, porque llevabas el Santo Escapulario de la Virgen del Carmen, que, por devoción a esta divina Señora, conservabas como una defensa en los peligros de esta vida”.

“Salud en los peligros”, dijo la Santísima Virgen —al mostrar el Escapulario a San Simón— que sería esta celestial librea para cuantos lo vistieran con devoción.

La devoción que profesó el Cura de Ars al Santo y Bendito Escapulario fue fervorosa, constante, profunda y siempre en aumento.

Para enfervorizar a sus feligreses no encontró mejor medio que implantar las Cofradías y Terceras Ordenes.

Conocida en su frase:

—“La reaparición de las Terceras Ordenes y su magnífica propagación en nuestras ciudades, en nuestras campiñas, es el medio escogido por la Providencia para nuestra renovación moral y religiosa”.

A la Cofradía del Carmen —a la que pertenecía desde muy pequeño— dió una importancia extraordinaria.

Cuando en su apostólico ministerio podía conseguir que algún pecador, sobre todo a la hora de la muerte, aceptase la imposición del Santo Escapulario, ya estaba satisfecho. No deseaba nada más.

Miles de veces le oyeron sus feligreses de Ars hablar emocionado de aquel bendito “vestido de María”. Les explicaba sencilla, pero claramente, las

gracias y obligaciones a que se hacen acreedores cuantos visten esta santa librea mariana.

Trabajó lo indecible para que ni un solo feligrés quedase sin vestir esta coraza invulnerable contra los dardos del común enemigo de nuestras almas.

Y lo consiguió.

* * *

Apóstol de la Madre:

A la derecha, entrando por la puerta principal de la iglesia de los amores del Santo Cura, encontramos una bella capillita dedicada a la Santísima Virgen Inmaculada. Era su lugar más amado juntamente con el altar del Sagrario. En él celebraba la Santa Misa todos los sábados.

El primero de mayo de 1836 consagró a toda su parroquia a la Inmaculada Concepción, como lo recuerda un cuadro que hay en esta misma capilla.

En aquella ocasión se le ocurrió una bella idea: Copió los nombres de todos sus feligreses y los depositó en un corazón que pendía de la bella estatua de la Inmaculada que preside el altar.

En 1840 se le apareció la Santísima Virgen María, momentos que jamás olvidará el Santo Cura.

Nos haríamos muy extensos si quisiéramos dejar detallada constancia de las tiernas relaciones y del profundo amor filial que profesaba y hacía profesar a la Dulce Madre de Dios y nuestra.

Nos limitamos a unas de muestra:

Lo primero que hizo al llegar a Ars fue orar e invitar a la oración a sus feligreses. Para ello un día les dijo a unas cuantas mujeres que habían ido a la iglesia casi por curiosidad de ver al nuevo cura:

—“Hijas mías, les dijo, si queréis, rezaremos juntos el rosario, para pedir a la Reina de las vírgenes que os obtenga la gracia de cumplir bien vuestros deberes”.

Pronto se llenó la iglesia y gozaba desgranando el rosario con ellos y la invocación del Sub Tuum praessidium...

Sería interesante recoger sus textos más preciosos sobre la Santísima Virgen. Bastan estas tres muestras:

Ya antes de ser ordenado, había adquirido la costumbre de rezar, cada vez que daban las horas, un Ave María, seguida de esta exclamación de amor:

—“¡Bendita sea la santísima e inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios! ¡Oh, María que todas las naciones Te glorifiquen. Que toda la tierra invoque vuestro Corazón inmaculado!”

Con esta alabanza había en otro tiempo desvanecido tentaciones impuras que le atormentaban. Se comprometió, por un voto que hizo, a recitarla toda su vida. En el púlpito, en el confesionario, en la plaza entre las multitudes que le aclamaban, al recordarle el primer toque del reloj su promesa, se callaba de pronto; luego ante sus feligreses o los peni-

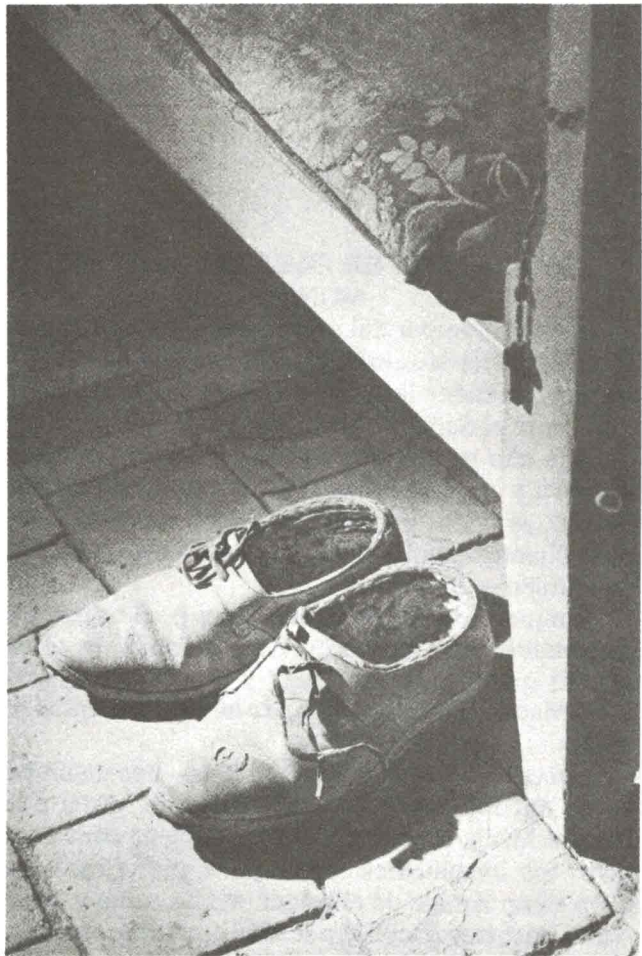
tentes, sorprendidos, en voz alta o en voz baja, según las circunstancias, se ponía a recitar sus invocaciones.

Era muy devoto del dulce nombre de María. Quizá sea este nombre el que con más frecuencia pronunciaron sus labios, y con sólo hacerlo sus ojos se llenaban de lágrimas. Solía decir:

—“El Ave Amaría, es una plegaria que no cansa jamás. El Corazón de María es tan tierno para nosotros, que los de todas las madres juntas no son más que un pedazo de hielo al lado del suyo... He sacado tantos consuelos de este manantial, que hace tiempo no quedaría nada si no fuese inagotable”.

Para explicar los misterios de María, el santo encontrará comparaciones exquisitas:

—“Dice el Evangelio que el padre de familia salió muy de mañana para encontrar obreros para su viña... ¿No había, pues, aun nadie en esa viña? Sí, allí estaba la Virgen María, que nació en esa viña... ¿Cuál es esta viña? es la gracia; y la Santísima Virgen nació en ella porque fue concebida sin pecado... Nosotros hemos sido llamados a ella. El padre de familia nos ha buscado, pero la Virgen ha estado siempre allí... ¡Oh, qué buena obrera! La Bondad divina podía crear un mundo más hermoso que el que existe; pero no podía dar el ser a una criatura más perfecta que María... Ella es la torre edificada en medio de la viña del Señor...”



Zapatos del Santo

11.—PATRON DE LOS PARROCOS DEL MUNDO

Ya en el alborar del cristianismo los nombres de aquellos intrépidos mártires que derramaban su sangre por defender la fe eran celebrados como poderosos ante el Señor.

Cada año se honraba su memoria con una fiesta litúrgica y un ágape fraternal rebotante de alegría. Pronto se hizo popular su poderoso patrocinio, pues cuantas gracias se les pedían eran despachadas favorablemente.

Aunque bien sabemos que Jesús es el origen y el dispensador de todas las gracias, también es cierto que El quiere que acudamos y tratemos de imitar a su Madre Santísima y a sus hijos predilectos los santos.

A veces —así somos de humanos— nos da un poco de miedo, algo de vértigo, tratar de imitar a Jesús y a María o acudir a ellos con plena confianza. ¡Nos los imaginamos tan altos! Y preferimos acudir a algún Amigo de ellos que era de carne y hueso como nosotros. Débil y pecador como nosotros.

Por otra parte este es uno de los motivos por los cuales Dios permitió su existencia y les ayudó para ser nuestros Modelos y Abogados.

* * *

Hizo muy bien el Papa de las misiones y de la Acción Católica de nombrar al Santo Cura de Ars:

CELESTIAL PATRON DE TODOS LOS PARROCOS DEL MUNDO

Ya hemos recordado muchas virtudes que brillaron en él y que pueden servir de “modelo” para todo el que tiene cura de almas...

Pero añadamos algunas más, aunque no sea sino insinuarlas, que completen el cuadro de su vida:

* * *

La oración:

Desde muy niño vivió una profunda oración. Después esta será su espada de dos filos con la que vencerá los ataques del demonio que no fueron pocos... Y el medio poderoso para la conversión de sus feligreses y peregrinos a Dios.

Trayendo a su memoria sus lejanos recuerdos terrenales, él mismo evoca el fervor de su adolescencia:

—“Cuando estaba solo en el campo rezaba en voz alta, pero cuando estaba en compañía lo hacía en voz baja. Entonces había al menos algún descanso. Se reposaba después de comer, antes de volver a ponerse a trabajar. Me tendía en tierra como los demás, aparentaba dormir y rezaba tanto como podía. ¡Oh, eran los buenos tiempos! El agua del arroyo no tenía más que seguir su inclinación”.

Sin buscarlo, había encontrado el secreto de hablar íntimamente con el Maestro invisible. Decía:

—“Aquí estamos juntos como dos buenos amigos”.

Es fácil comprender la admiración que le inspiraba la respuesta del viejo campesino de Ars, el tío Chaffangeon, que resumió así su diálogo silencioso con el Cristo del tabernáculo:

—“Miro al buen Dios y el buen Dios me mira”.

—“¡Qué suerte —exclamaba el Cura de Ars—, mirar al buen Dios!”

Por mucho trabajo que tuviera siempre le quedaba tiempo para su trato con el Señor en la oración mental y litúrgica. De ahí sacaba fuerza para arrastrar la dura vida que llevaba.

El Papa Juan XXIII en su Encíclica para conmemorar el Primer Centenario de la muerte del Santo Cura de Ars, escribió:

—“A los sacerdotes de este siglo, fácilmente sensibles a la eficacia de la oración y fácilmente tentados también por un activismo peligroso, ¡cuán saludable es este modelo de oración asidua en una

vida enteramente consagrada a las necesidades de las almas! Lo que nos impide a nosotros, los sacerdotes, ser santos —decía él— es la falta de reflexión; no penetramos en nosotros mismos; no sabemos lo que hacemos; nos es necesaria la reflexión, la oración, la unión con Dios.

El mismo estaba, según el testimonio de los contemporáneos, en un estado de continua oración del que no le distraía ni la fatiga agobiadora de las confesiones ni las demás tareas pastorales. “Conservaba una constante unión con Dios en medio de su vida, extraordinariamente ocupada”.

Escuchémosle aún. El es inagotable cuando habla de las alegrías y de los beneficios de la oración.

“El hombre es un pobre que tiene necesidad de pedirlo todo a Dios”.

“¡Cuántas almas podemos nosotros convertir con nuestras oraciones!”. Y repetía:

“La oración, he a aquí la felicidad del hombre sobre la tierra”.

Esta felicidad la gustaba copiosamente él mismo mientras su mirada, iluminada por la fe, contemplaba los misterios divinos y, por la adoración del Verbo encarnado, elevaba su alma sencilla y pura hacia la Santísima Trinidad, objeto supremo de su amor. Y los peregrinos que acudían en masa a la iglesia de Ars comprendían que el humilde sacerdote les ponía de manifiesto algo secreto de su vida interior con aquella frecuente exclamación que le era tan querida:

“Sed amados por Dios, estad unidos a Dios, vivid en la presencia de Dios, vivid para Dios: ¡oh, qué bella vida y qué bella muerte!” —

* * *

La Eucaristía:

Supo pisar profundo el Santo Cura. ¡Cuántos secretos guardaba el sencillo altar del Santísimo de los fervores de aquel celoso sacerdote...!

El era creador de la Eucaristía y distribuidor de la Eucaristía. Adorador de la Eucaristía y celoso propagador del culto a la Eucaristía.

Su vida era de una interna unión o intimidad divina. Y esto es lo que recomendaba a sus feligreses y peregrinos.

La espiritualidad sin complicaciones del santo está ahí, simplemente formulada:

—“Todo está ahí, hijos míos”.

E indicaba su invariable orientación cuando repetía:

—“¿Qué hace Nuestro Señor en el Tabernáculo?

—Nos espera”.

El Cura de Ars pasaba del misterio de la vida eucarística al misterio de la vida trinitaria. Su mirada de contemplativo escrutaba las realidades sobrenaturales. Encontraba en ello, incluso en medio de contradicciones exteriores y tormentos interiores, su pura alegría. Era para él los manantiales del

amor.

En el proceso de canonización escribió el padre Monnin:

“A menudo le he oído exclamar: “Estar unido a Dios, ser amado por Dios, vivir para Dios, ¡oh, hermosa vida y bella muerte! Todo bajo los ojos de Dios, todo con Dios, todo por complacer a Dios... ¡Qué hermoso! Ser rey”, decía además, ¡“qué triste cargo! Ser rey para los hombres. ¡Pero ser de Dios, de Dios entero, sin partición; ser, el cuerpo, de Dios, ser, el alma, de Dios! ¡Un cuerpo casto, un alma pura! ¡Nada hay tan hermoso! “Y las lágrimas lo interrumpían”.

Su profundo amor a la Eucaristía lo recordaba Juan XXIII:

“La oración del Cura de Ars; que pasó, por así decirlo, los últimos años de su vida en la iglesia, donde lo ocupaban sus innumerables penitentes, era, sobre todo, una oración eucarística.

Su devoción a Nuestro Señor, presente en el Santísimo Sacramento del altar, era realmente extraordinaria:

“Está allí —decía— Aquel que nos ama tanto; ¿por qué no le hemos de amar nosotros igual?”

Y, ciertamente, él le amaba y se sentía irresistiblemente atraído hacia el Tabernáculo:

“No es necesario hablar mucho para orar bien —explicaba a sus parroquianos—. Se sabe que el buen Dios está allí en el santo Tabernáculo; se le abre el corazón; nos alegramos de su presencia. Y

ésta es la mejor oración”.

En toda ocasión, él inculcaba a los fieles el respeto y el amor de la divina presencia eucarística, invitándolos a aproximarse con frecuencia a la mesa eucarística, y él mismo daba ejemplo de esta profunda piedad:

“Para convencerse de ello —refieren los testigos—, bastaba verle celebrar la santa misa y hacer la genuflexión cuando pasaba ante el Tabernáculo”.

“El ejemplo admirable del Santo Cura de Ars conserva también hoy todo su valor”, atestigua Pío XII. Nada puede sustituir en la vida de un sacerdote a la oración silenciosa y prolongada ante el altar. La adoración de Jesús, nuestro Dios; la acción de gracias, la reparación por nuestras culpas y por las de los hombres, la súplica por tantas intenciones que le están recomendadas se conjugan para elevar a este sacerdote a un mayor amor hacia el divino Maestro, al cual ha prometido fidelidad, y por los hombres, que esperan su ministerio sacerdotal. Con la práctica de tal culto, iluminado y fervoroso, hacia la Eucaristía, se acrecienta la vida espiritual del sacerdote y se preparan las energías misioneras de los apóstoles más valerosos.”

* * *

La Confesión y la Predicación:

Bien podemos afirmar que no ha habido en la his-

toria de la Iglesia sacerdote alguno que haya pasado tantas horas en el confesionario como el Santo Cura de Ars en los 33 años últimos de su vida.

El confesionario y la dirección de conciencias fue la palestra donde moldeaba las almas.

Enumerar las anécdotas que contaban sus feligreses y peregrinos sería más que imposible.

A este le recordó un pecado olvidado.

A aquél le manifestó claramente su vocación.

A la otra le abrió los ojos sobre los peligros en que se encontraba. A otras personas que traían entre manos obras de mucha importancia para la Iglesia de Dios les descorrió el velo del porvenir...

Con sencillez, casi como si se tratara de corazonadas o de ocurrencias, el Santo mostraba estar en íntimo contacto con Dios Nuestro Señor y ser iluminado con frecuencia por El.

Alguien dijo de él:

El Cura de Ars no fue un santo de la Tebaida. No era un Simeón Estilita hecho mármol sobre su columna... Su columna estaba a ras de tierra; era su parroquia. No salió nunca de ella. Allí permaneció, humilde cura párroco, toda su vida. Pero el pobre curita de aldea derribó tantas leyes físicas como el ardiente y rígido contemplativo en la columna. Porque durante toda su vida, sin interrumpirse jamás, excepto para la instrucción y la plegaria, confesó a multitudes.

El Papa Juan XXIII decía:

“Nos queda finalmente evocar en la vida de San

Juan María Vianney esta forma del ministerio pastoral que le fue aquí abajo como un largo martirio y quedará por siempre ligado a su gloria: la administración del sacramento de la Penitencia, en el que recibió luces especiales y produjo los frutos más abundantes y saludables. “Pasaba quince horas diarias en el confesionario. Este trabajo comenzaba a la una de la madrugada y no terminaba hasta la noche”. Y cuando cayó por agotamiento, cinco días antes de la muerte, los últimos penitentes se estrecharon junto a la almohada del moribundo. Se calcula que hacia el fin de su vida el número anual de peregrinos alcanzaba la cifra de 80.000.

Es fácil imaginar las fatigas, las incomodidades, los sufrimientos físicos de estas interminables sentadas en el confesionario para un hombre ya exhausto por los ayunos, maceraciones, enfermedades, falta de reposo y de sueño. Pero sobre todo, estuvo moralmente oprimido por el dolor. Escuchad este su lamento:

—“Se ofende tanto al buen Dios que se estaría tentados de invocar el fin del mundo... Es necesario venir a Ars para saber lo que es el pecado... No se sabe qué hacer; no se puede hacer otra cosa que llorar y orar”.

Los pastores de almas, pues, a ejemplo del Santo Cura de Ars, se esforzarán de corazón por consagrarse, con competencia y entrega, a este ministerio tan importante, puesto que en el fondo es aquí donde la misericordia de Dios triunfa sobre la mali-

cia de los hombres y el pecador se reconcilia con su Dios.

Ahora diríamos mejor evangelizar. De hecho nunca el Santo Cura de Ars se preocupó de esa elocuencia grandilocuente y vacía de algunos predicadores. A él le interesaba narrar el evangelio con sencillez y catequizar así a niños, jóvenes y ancianos.

¿Quién iba a decir que aquel joven seminarista que tanta dificultad encontró en sus estudios llegaría a arrastrar a los mozos con la sencillez y unción sagrada de sus palabras?

Las pláticas y sermones del Cura de Ars llenaban las iglesias.

En cierto pueblo, todo el vecindario acudió en masa a oírle. Los criados dejando el trabajo marchaban a escucharle. “Si hemos de pagar el tiempo perdido —decían a sus dueños— lo pagaremos”.

Un parroco invitó a nuestro querido Cura, en cierta ocasión, a predicar. Se excusó, porque no se creía capaz de hablar bien delante de un auditorio distinguido. Pero, como se le dijo que se trataba de una parroquia rural, al fin, fue.

Pero al entrar en la iglesia, encontróse con que estaba llena de eclesiásticos y gente distinguida.

Se quedó turbado. Mas se puso a hablar sobre el amor de Dios con tal unción, que hizo llorar a todos.

¡Cómo no iban a llorar oyendo predicar a un santo sobre lo que él llevaba metido en su alma!

Así fue como el Cura de Ars salió airoso de la bromita.

Al Cura Vianney, sólo le interesaban las almas, y por atenderlas se sacrificaba constantemente.

Con el tiempo se le hará tan familiar la predicación que llegará a decir:

“Hay dos lugares en los que descanso: ante el altar y en el púlpito”.

Y Catalina Lassagne afirmó:

“Durante treinta años no cesó un solo día de dar el catecismo a los niños de su parroquia, y con tal éxito, que todo el mundo quería tener su parte en esta enseñanza. Todos los domingos hacía una homilía sobre el evangelio del día. Durante la cuaresma no se contentaba con esto. Se imponía tres instrucciones por día, una por la mañana para los niños de la parroquia, al mediodía en su casa de la Providencia y por la tarde en la Iglesia”.

En medio de una exposición a veces muy trivial, tenía frases luminosas, resúmenes de asombrosa densidad que se grababan profundamente en la memoria.

He aquí algunas:

—“Hay dos veces en el hombre: la voz del ángel y la de la bestia, la voz del ángel es la oración: la de la bestia es el pecado”.

—“Los que son guiados por el Espíritu Santo tienen ideas justas. Por eso hay tantos ignorantes que saben más que los sabios”.

—“Para el hombre que se deja guiar por el Espí-

ritu Santo parece como si no hubiera mundo; para el mundo parece como si no hubiera Dios. Se trata, pues, de saber quién nos guía”.

—“Al morir hacemos una restitución. Damos a la tierra lo que ella nos ha dado. Un pequeño puñado de polvo, no mayor que una nuez, y en esto nos convertimos. ¡Tenemos motivos para estar orgullosos!”

—“Hay quienes pierden la fe y ven el infierno sólo cuando entran en él.

—“El infierno tiene su origen en la bondad de Dios. Los condenados dirán: “Oh, si al menos Dios no nos hubiese amado tanto, sufriríamos menos! ¡El infierno sería soportable! ¡Pero habernos amado tanto! ¡Qué sufrimiento!”

—“La única felicidad que tenemos en la tierra es amar a Dios y saber que Dios nos ama”.

Cuando el tono del predicador se hace más familiar, sus sentencias adquieren a menudo un acento particularmente sabroso:

—“Cuando uno hace sus oraciones siempre tiene prisa. Las hace corriendo, arreglando sus cosas, sin atención, en fin, de bote y de voleo, que luego es tarde; o habría que decir, mejor, que uno quiere desembarazarse del buen Dios como si fuera una piedra metida en el zapato”.

—“Cuando un perro entra en una iglesia, todos le dan un puntapié. No está en paz más que cuando se halla fuera. Del mismo modo el cristiano se siente atormentado en la tierra, zarandeado de un lado a

otro, hasta que le ha sido franqueado el umbral de la eternidad. Solamente entonces descansa”.

El padre Raymond, su coadjutor, escribe:

“Con frecuencia su catecismo no era más que un galimatías, es decir, un poco de todo. Pero el todo era bello y agradable para aquellos que sabían aprovecharlo. El mismo estilo del hombre de Dios ayudaba a ello singularmente. A veces su rostro se inflamaba; su acción era tan viva, sobre todo cuando hablaba del amor de Dios, que parecía como si no estuviera ya en la tierra. Su palabra era sencilla y sin ningún arte, pero la pronunciaba como un hombre inspirado, con un corazón tan penetrado y con un tono de voz tan conmovedor, que era fácil considerar, al oírlo, que un fuego divino lo transportaba y elevaba por encima de si mismo”.

Y Juana María Chanay añadía:

—“Dos o tres palabras que se oyeran causaban a veces más impresión que largos discursos pronunciados por otros predicadores”.

* * *

El Papa Juan XXIII dijo de él:

“San Juan María Vianney brilló como verdadero pastor, procurándoles en abundancia el alimento primordial de la verdad religiosa. El fue toda su vida predicador y catequista.

Se sabe el trabajo ímprobo y perseverante que se impuso para llenar bien este deber de su cargo,

“primun et maximum officium”, según el Concilio de Trento. Sus estudios, hechos tardíamente, fueron laboriosos, y sus sermones le costaron al principio muchas vigili­as. Pero ¡qué ejemplo para los ministros de la palabra de Dios! Algunos se apoyarían de buen grado en su poca instrucción para disculparse de su falta de celo en los estudios. Más valdría imitaran el esfuerzo del Santo Cura de Ars por hacerse digno de un tan gran ministerio, según los dones que se le habían concedido; por otra parte, éstos no eran tan escasos como se ha querido decir con frecuencia, porque “tenía en su inteligencia mucha claridad y distinción”. En todo caso, cada sacerdote tiene el deber de adquirir y desarrollar los conocimientos generales y la cultura teológica proporcionados a sus aptitudes y a sus funciones. Quiera Dios que los pastores de almas hagan siempre tanto como hizo el Cura de Ars por desarrollar la capacidad de su inteligencia y de su memoria; y, sobre todo, por extraer las luces del libro más sabio que pueda leerse: la cruz de Cristo. Su Obispo decía de él a algunos de sus detractores: “¡Yo no sé si es culto, pero es luminoso!”

Con gran razón, nuestro predecesor, de feliz memoria, Pío XII, no temió dar por modelo a los predicadores de la Ciudad Eterna a este humilde sacerdote rural. “El Santo Cura de Ars no tenía, ciertamente, el genio natural de un Segneri o de un Bossuet; pero la convicción viva, clara y profunda que le animaba brillaba en sus ojos, vibraba en su

palabra, sugería a su imaginación y a su sensibilidad, ideas, imágenes, comparaciones justas, apropiadas, deliciosas, que habrían cautivado a San Francisco de Sales. Tales predicadores conquistan verdaderamente a su auditorio. El que está lleno de Cristo no encontrará difícil ganar a los demás para Cristo”.

Estas palabras describen maravillosamente al Cura de Ars como catequista y predicador. Y cuando al fin de su vida su escasa voz no podía llegar a todo el auditorio, todavía su mirada de fuego, sus lágrimas, sus gemidos de amor a Dios o su sola expresión de dolor ante el pensamiento del pecado convertían a los fieles reunidos junto a su púlpito. ¿Cómo no quedar cautivo por el testimonio de una vida entregada de tal modo al amor de Cristo?

* * *

Como el oro en el crisol:

Ya vimos cómo el sacerdote es ese personaje “criticado por todos”. Por otra parte este es el camino seguido por Jesús y el que ofrece a sus seguidores.

En los más bellos días de peregrinación, el padre Vianney era tratado “como una reliquia”. Esto no quiere decir que desde el principio de su ministerio hubiese sido en todos los aspectos el hombre del éxito. Durante muchos años el patrón de los curas del universo fue criticado, difamado y calumniado.

Al tomar posesión de su parroquia está dispuesto a sufrir todo con tal de no faltar a sus obligaciones. No se dejó detener por nada. Se sabe el encarnizado combate que sostuvo contra el baile y la taberna. Jamás quiso fórmulas de compromiso.

—“El que quiera divertirse con el diablo no podrá regocijarse con Jesucristo”, declaraba.

Semejante exigencia moral debía provocar, inevitablemente, en algunos un movimiento de rebeldía y rencor.

El padre Vianney lo supo claramente, por ejemplo, cuando un grupo de hombres, en medio de los remolinos de la revolución de julio de 1830, le indicó que abandonase Ars. Estas gentes “lo encontraban demasiado severo en la dirección de la parroquia”. “A la imposición añadieron las amenazas e injurias”.

El padre Vianney imaginaba ya las consecuencias judiciales de la acusación lanzada contra él.

“Pienso que llegará un tiempo en que seré echado de Ars a bastonazos, monseñor me retirará las licencias y acabaré mis días en una cárcel”.

Cierto día el Cura de Ars recibió una carta en la que se podía leer: —“Cuando se conoce tan poca teología no se deberían entrar en el confesionario”. Humildemente, el Padre Vianney le respondió:

—“Mi querido colega, le doy las gracias. Solamente usted me conoce bien. También yo le ruego que me ayude a obtener de monseñor la autorización que solicito desde hace tanto tiempo para

retirarme en cualquier rincón y poder llorar mi pobre vida”.

El padre Vianney recibió otras cartas francamente injuriosas. Una de ellas le decía “que los apóstoles eran guiados por el Espíritu Santo y que a él lo guiaba el diablo”.

De este atormentado período el santo había conservado un recuerdo que acudía instintivamente a su memoria cuando predicaba sobre el sufrimiento:

—“He sido muy calumniado, se ha desaprobado mucho mi conducta. ¡Oh!, he tenido cruces. Casi más de las que podía llevar. Y me puse a pedir el amor de las cruces. Entonces fui dichoso”.

Algunos curiosos, cuando todas estas historias—sobre todo aquellas en que sus costumbres se ponían en entredicho— se hubieron disipado, preguntaron al siervo de Dios:

—“Pero, señor cura, ¿cómo podían reprocharle llevar mala vida?”

Y él les respondió con su habitual sonrisa:

—“¡Ay! Mi vida ha sido siempre mala. En aquel tiempo llevaba la vida que llevo ahora todavía. Jamás he valido nada”.

* * *

Miedo a la responsabilidad:

He aquí otra paradoja: fue contra su deseo que el Patrón de los curas del universo estuvo al frente

de una parroquia durante más de cuarenta años.

No debía tardar en lamentarse: “No tengo nada que hacer aquí. Temo, ¡ah!, condenarme en este lugar”.

“Llegado a Ars —escribe Catalina Lassagne—, al poco tiempo se sintió atormentado por la idea de irse, y esta pena lo persiguió después cerca de cuarenta años”.

Abundan las palabras del santo que testimonian tales disposiciones: “¡Ah, amigo mío, usted no sabe lo que es pasar de un curato al tribunal de Dios!” “No quisiera morir cura”.

A los pocos meses de llegar en 1818 a Ars se le oyó decir:

—“No tengo nada que hacer aquí. Temo, ¡ay!, condenarme en este lugar”.

Hay hombres y mujeres que parece han nacido para ser superiores. Están adornados de la virtud del mando o de la prudencia. Uno de ellos, aunque no se tenía él como tal, fue nuestro Santo Cura. Pero era cierto que ya el peso de la responsabilidad podía más que sus fuerzas. Y él quería verse libre de este peso, sobre todo que no le cogiera la llamada de la muerte con cargo alguno da responsabilidad.

Juan María Vianney tenía miedo de morir párroco. Quería retirarse para llorar “su pobre vida”, como él decía.

Y, por eso, intentó marchar a la Trapa.

En septiembre de 1853, una buena mujer que le

atendía, le estaba sirviendo la comida del mediodía:

—“Catalina, esta vez sí que he de partir. Marcharé el lunes por la noche. Guarda secreto.

— ¡Oh señor Cura!, usted no nos puede dejar...

—El señor Obispo no me necesita; tiene bastantes sacerdotes”.

A Catalina le cuesta guardar secreto...

—“Señor Cura, ¿me da permiso para contarle a María?

—Como quieras”.

Pronto vienen las dos hechas un mar de lágrimas.

—“ ¡No se marche usted, no se marche!

—Hijas, mi resolución es definitiva”.

María y Catalina van a la puerta del jardín y reflexionaron:

—“A sus sesenta y siete años... no podrá llegar hasta Lyón. María, llevará la cesta de provisiones. ¿Y si se pone malo por el camino? Es necesario buscar un coche.”

En este momento pasa el Hermano Jerónimo.

—“¿Cómo están aquí a estas horas?” —pregunta extrañado.

—El señor Cura se nos va...”

El Hermano Jerónimo avisa al Hermano Atanasio, y los dos al Vicario.

Montan vigilancia. ¿Huirá?

Efectivamente. A la luz de su cuarto, se le ve, por la ventana, tomar el sombrero, el breviario y el paraguas.

Baja. Llama a las dos mujeres:

—“¿Estáis dispuestas? ¡Pues, marchemos!”

Los vigilantes se ponen delante de él. Mira a Catalina severamente.

—“¡Me habéis vendido!”

—¿A dónde va usted? —le dice el Hermano Atanasio—. “¿Quiere dejarnos? Pues bien, tocaremos a rebato.

—Y nosotros seguiremos en procesión —añade el Hermano Jerónimo.

—¡Haced lo que os plazca —responde el párroco resuelto—; pero dejarme pasar!

—Preparémonos para seguir” —dice con voz muy baja el Vicario a los Hermanos.

El Hermano Jerónimo toma la linterna y guía al párroco con engaño; pero éste se da cuenta.

Los peregrinos que pasan la noche en el vestíbulo del campanario se van uniendo al grupo, así como los feligreses que despiertan. Todos le piden que no marche.

Llegan al frágil puente de madera. El Vicario se pone a la entrada.

—“¿Déjeme pasar, déjeme pasar!” —decía el santo suplicante.

El Vicario le quita el breviario, que llevaba bajo el brazo. Se lo entrega a Catalina y le dice al oído que se lo lleve.

—“¡Déme usted el breviario...! O, si no ya rezaré en Lyon.

—¡Muy bien, señor Cura! Déjará pasar el día sin rezar el Oficio. ¡Buen ejemplo!

—Tengo otro breviario en casa; vayamos a buscarlo.”

Se vuelve. La multitud va en aumento. En la iglesia comienzan a tocar a rebato.

—“¡El ángelus, señor Cura!”

Y el bueno de él se arrodilla y rezan todos para que Dios cambie las intenciones del párroco.

Con el toque de rebato, creen unos que se trata de incendio y llevan cubos y toda clase de instrumentos.

El Cura insiste en marcharse, pero le cierran el paso.

—“¡Dejadme pasar, dejadme pasar...!”

Por fin lo dejan. Pasa junto a la iglesia. Salen las mujeres:

—“¡Padre mío, antes de partir, acuérdesse de mí...!”

—¡Acabe de oirme...!

—¡Oh buen Padre, no nos deje...!”

Nuevas tentativas del Vicario.

Al fin, se dirige el párroco a la multitud y dice:

—“¡Vayamos a la iglesia!”

Entró en ella y comenzó, como de ordinario, las confesiones...

Días después de esta noche, al recordarle el incidente, contestó sólo esto:

—“Fue una chiquillada.”

Y quedó en Ars el buen Cura, entregado como siempre a las almas, sin rehuir los trabajos...

* * *

Título merecido:

Cierto día hizo esta ingenua confidencia:

—“Deberían enterrarme en la iglesia, cerca del altar, para que los sacerdotes que vengan a decir misa digan: “Ahí esta ese pobre curita que ha armado tanto revuelo”.

El “pobre curita” reposa efectivamente en la iglesia de Ars, no bajo las losas del pavimento, sino en una hermosa caja. Como en otros tiempos, todavía “arma revuelo”.

Pero ahora los sacerdotes, desde los más distantes países, vienen a celebrar misa ante su altar.

Juan María Vianney recibió de la Iglesia un título glorioso entre todos. Proclamado venerable en 1872 por Pío IX; beatificado en 1905 por Pío X; canonizado en 1925 por Pío XI; finalmente, en 1929, fue proclamado, por este último, **patrón celestial de todos los curas párrocos del mundo**. Bien se lo merecía...

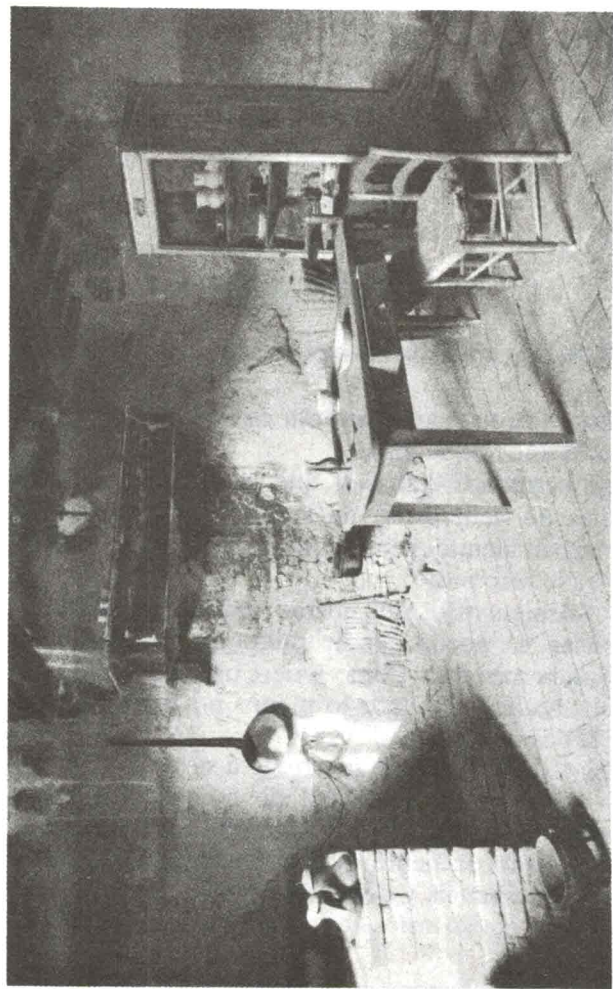
Los peregrinos de Ars no lo olvidan. Y menos aún que nadie los curas de almas.

La Providencia ha hecho las cosas de una forma admirable para ellos. El Cura de Ars es capaz, por todo lo que ha sido, por todo lo que ha sufrido, de dar ánimos a los más débiles, a los más desanimados. Su vida es una continuidad de paradojas.

Pero estas paradojas tienen el tono de las bienaventuranzas. Inspiran confianza.

Hoy, nosotros, los sacerdotes, tenemos en él un

guía, una luz, un camino seguro para recorrer en nuestras vidas y en nuestro apostolado.



Cocina del Santo

12.—SE NOS FUE AL CIELO

Mi tentación es la desesperación:

Esta fue su mayor tortura especialmente en los últimos años de su vida.

Al hermano Atanasio, que le preguntaba si las señales de veneración de que era colmado no le inspiraban algunos sentimientos de vanidad, el Cura de Ars le respondió:

—“Amigo mío, del mismo modo que se puede incensar, se puede dar de puntapiés. Conozco mi profunda miseria. ¿Cómo quiere usted que me tiende el orgullo? ¡Si por lo menos no fuera tentado por la desesperación!”

El padre Camelet le interrogó a su vez:

—“¿No tenía necesidad de combatir el amor propio, a la vista del bien que se hacía en torno de él y de toda la gente que le llegaba de todos los lugares de Francia y del extranjero?”

—“No, amigo mío —respondió él—; no es ésta mi